

123367

S5

R4

ADVERTENCIA

Para la versión española de esta famosa novela, teniendo presente que lo que de ella se ha publicado en Rusia, en la revista *Niwa*, y en las traducciones inglesa, francesa, alemana, y algunas italianas, no forma la obra en su integridad, por haber mutilado la censura oficial en Rusia y la particular en otros países, el original del conde León Tolstoy, se ha tenido á la vista, para la que ofrezco al público, la hecha en italiano por Nina Romanovsky, sacada del MANUSCRITO RUSO y AUTORIZADA POR EL PROPIO TOLSTOY. Así pues, la edición española es completísima y en ella está cuanto su ilustre autor ha querido que fueren elementos de su novela.

El Editor.

Marzo, de 1900.



UNIVERSIDAD DE MEXICO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE VES"
Año. 1925

RESURRECCIÓN

I

Es en vano que millares y millares de personas, amontonadas en un breve espacio de terreno, se esfuercen en esterilizar la tierra que las sustenta; en vano tratan de aplastar el suelo bajo las piedras, para que la germinación sea imposible; en vano arrancan hasta la postrera brizna de hierba; en vano impregnan el aire de petróleo y de humo; en vano cortan los árboles y echan cuadrúpedos y pájaros; hasta en la ciudad, la primavera es siempre primavera. Resplandece el sol, la hierba rediviva crece no solo en los senderos y paseos, sino entre las piedras del pavimento; los abedules, álamos y cerezos silvestres esparcen la pompa de sus hojas olorosas y frescas, los tiernos brotes ostentan sus botones prestos á estallar; los gorriones, las palomas,

las golondrinas construyen alegremente sus nidos; las abejas y las moscas zumban en el aire extraviadas al sentir de nuevo el calor del sol, todo respira alegría: árboles, pájaros insectos y niños. Sólo los hombres no cesan de engañarse y atormentarse á sí mismos y á los demás; no miran y admiran los hombres en esa mañana de primavera las divinas galas del universo, creado para la dicha de los vivientes, á los que invita á la paz, á la unión, al amor; no estiman esos dones, no comprenden su carácter sagrado; únicamente estiman aquello que han imaginado para engañarse y atormentarse recíprocamente.

En las oficinas de la prisión gubernativa, lo que se consideraba importante y sacro no era que la primavera esparciese sus galas, sino que los carceleros hubiesen recibido una hoja de papel sellado disponiendo que aquella misma mañana, 28 de Abril, fuesen conducidos ante la sala del tribunal, dos mujeres y un hombre, para ser juzgados. A causa de tal aviso, el 28 de Abril, un viejo carcelero, á las ocho en punto, entró en el corredor oscuro que conducía al departamento de mujeres. Del opuesto extremo del corredor, salióle al encuentro la carcelera de mujeres, que tenía aspecto enfermizo y vestía una blusa gris y unas sayas negras.

—¿Venís á buscar la Máslova?—preguntó, y al mismo tiempo que el llavero, se acercó á una de las muchas puertas que daban al corredor.

El guardián abrió con una gran llave, una de las puertas, que al abrirse lanzó una bocanada de aire corrompido; luego gritó:

—Máslova ¡Al tribunal!

Después cerró y quedó inmóvil, en espera de la mujer llamada.

Algunos pasos más allá, en el patio, podía respirarse una atmósfera pura y vivificante que la brisa primaveral traía de los campos; pero en el corredor, el aire era pesado é impuro, cargado de humedad; un aire que no se podía

respirar sin sentirse acometido de una vaga tristeza. Aquella atmósfera abrumaba á la llavero aun cuando ya estaba acostumbrada á ella, y al volver del patio casi quedó sofocada, presa á un tiempo de náuseas y de somnolencias.

Detrás de la puerta de las detenidas reinaba grande agitación y se oían voces que disputaban y un continuo ir y venir de pasos dados por pies descalzos.

—¡Aprisa! ¡despacha!—gritó el guardián abriendo de nuevo la puerta.

Unos momentos después una mujer joven, bien formada, pequeñita, salió rápidamente. Llevaba una capa gris sobre una blusa y unas sayas blancas, los pies, cubiertos con medias de lino estaban aprisionados en los zapatones gruesos y mal forjados que se dan á las detenidas, y un pañolito blanco tapaba su cabeza, dejando entrever abundante pelo negro peinado con esmero. El rostro de la joven tenía esa palidez característica de aquellos que durante mucho tiempo han permanecido en un lugar cerrado; el contraste con el color de cera de la piel hacía resaltar más el brillo de sus ojos grandes, negros y vivos, uno de los cuales parecía tener un poquillo de estrabismo; y toda su persona respiraba una gracia acariciadora. La joven estaba erguida, sacando el pecho, que era amplio y bien formado.

En el corredor, inclinó levemente la cabeza y miró al llavero, dispuesta á cuanto le mandara.

Iba á cerrar de nuevo la puerta el guardián, cuando apareció el rostro pálido, severo y rugoso de una vieja con el pelo blanco y la cabeza descubierta. Se puso á hablar en voz baja con la Máslova; pero el llavero la empujó bruscamente hacia adentro y cerró la puerta. Se oyeron carcajadas de mujeres. La Máslova sonrió, acercóse á un ventanillo, y al mismo tiempo que aparecía en la otra parte el rostro de la vieja, se oyó una voz que decía:

—Ten cuidado, no tengas miedo y niégalo todo.

—¡Bah!—repuso la Máslova moviendo la cabeza.—Esto ó aquello, lo mismo me dá; tanto me importa. Nada puede ser peor que este presente.

—De fijo que te ocurrirá una cosa ú otra,—replicó el carcelero orgulloso de su gracia.—Ea, vámonos, sígueme.

La cabeza de la vieja desapareció detrás de la ventanilla y la Máslova avanzó por el corredor siguiendo á su custodio, con paso ligero. Bajaron la escalera de piedra, pasaron por delante de la puerta de la sala fétida y ruidosa de la cuadra de hombres, donde algunos ojos curiosos espían su paso á través de las hendiduras de la puerta, y llegaron á las oficinas de la prisión. Dos soldados, fusil al hombro, esperaban á la detenida para llevarla al tribunal. El canceller escribió algo y luego dió la hoja impregnada de olor de tabaco, á uno de los soldados: éste la metió en la vuelta de la manga de su capote, hizo una seña á su compañero y se puso á la derecha de la Máslova en tanto que aquél se colocaba á la izquierda. En tal disposición atravesaron el corredor, la puerta, el patio exterior, el portal y se hallaron en plena calle.

Los cocheros, los empleados, los obreros, todos los transeúntes, se detenían á su paso, y algunos murmuraban:

—¡A esto conduce una mala conductal

Hasta los niños se paraban, y en su curiosidad había un poquillo de terror, que se disipaba viendo á los soldados que acompañaban á la culpable é impedían que pudiera hacer daño. Un labriego que vendía carbón en mitad de la calle se acercó á la presa, se persignó y le dió un kopeck. La Máslova se ruborizó, bajo la cabeza y murmuró algunas palabras.

Trataba de andar aprisa, tanto como se lo permitían sus pies, no acostumbrados á andar mucho, doloridos y desollados por los zapatos de munición. Sin volver la cabeza, veía á cuantos la miraban, contenta al pensar que era objeto de la general atención, y saboreando la dulzura de aquel aire primaveral, más grato á sus pulmones em-

ponzoñados por el fétido de la cárcel. Ante una tienda de granos había unas palomas en el suelo; con el pie tocó ligeramente una de ellas que voló, rozando su mejilla con el ala. La Máslova sonrió; pero, casi en seguida, lanzó un profundo suspiro: pensaba en la realidad, en su situación.

II

La historia de la Máslova era de las más comunes.

Era hija de una aldeana y ayudaba á su madre á guardar las becerras de un castillo señorial. La aldeana, que no tenía marido, paría todos los años, y, como sucede casi siempre en esos casos, los niños, apenas nacidos, recibían el agua bautismal y luego su madre les dejaba abandonados á pretexto de que nacieron sin desearlos y sólo le servían de estorbo. Así es que bien pronto desaparecían del mundo de los vivos.

Así habían desaparecido ya cinco hijos. El sexto, engendrado por un vagabundo, fué una hembra, lo cual no la hubiese librado de correr igual suerte que los otros, si por una casualidad, una de las señoras de la casa no hubiese entrado en el establo para reñir á la sierva á causa de cualquier falta. La parturienta estaba tendida sobre la paja y tenía á su lado una criatura llena de salud y vida. La señora riñó á la sierva por la falta cometida y luego porque dejó entrar á una parturienta en aquel sitio; pero advirtiendo á la niña, se calmó y acabó por ofrecerse á apadrinarla; luego, movida á piedad, hizo dar á la madre leche abundante y algún dinero para alimentar mejor á la pequeñuela. Así vivió la niña, que las dos ancianas señoras llamaban la «salvada».

Tenía la niña tres años cuando la madre enfermó y murió, y como que su abuela no sabía que hacerse de ella, las dos solteras la llevaron á su lado, al castillo. Con sus ojazos negros, la niña tenía una vivacidad y una gracia extraordinaria y divertía mucho á sus protectoras. La más joven de las dos, Sofía Ivanovna, la madrina de la niña, era la más cariñosa, en tanto que la mayor, María Ivanovna, era más severa. Aquélla la educaba con esmero, la enseñaba á leer y soñaba en adoptarla. María, por el contrario, deseaba convertirla en una buena camarera y se mostraba exigente: daba órdenes á la niña, y, algunas veces, en momentos de mal humor la pegaba. Bajo esta doble influencia creció la niña entre camarera y señorita.

El mismo nombre que le daban correspondía á su doble condición; no la llamaban ni Katcha ni Katienska (1), sino Katiuscha. Cosía, arreglaba las habitaciones, pulía con creta las imágenes, y á veces hacía compañía á sus señoras, y leía para distraerlas.

Muchas veces la habían pedido en matrimonio; pero había rehusado siempre, comprendiendo que le sería muy penosa la vida compartiéndola con un obrero ó con un criado, acostumbrada como estaba á las comodidades de una existencia superior.

De esta manera vivió hasta los dieciocho años. Frisaba en los diecinueve cuando llegó al castillo un sobrino de las señoras que ya anteriormente pasara un verano entero allí, y del que la muchacha se había enamorado. Era oficial de ejército y llegaba de paso para reposar unos días antes de ir á batirse contra los turcos. El tercer día, la víspera de su marcha, sedujo á Katiuscha y partió al día siguiente después de poner en sus manos un billete de cien rublos. Tres meses después, la muchacha no pudo dudar que estaba en cinta.

(1) Katcha es un aumentativo de Catalina; y Katienska; una voz cariñosa del mismo nombre.

Desde aquel momento todo la cansó: no pensaba sino en huir para ocultar su deshonra, y servía de mala gana y de cualquier modo á sus señoras. Las dos ancianas no tardaron mucho en advertir su estado, María Ivadovna la regañó un par de veces, y, por último, ambas convinieron en que «debía separarse de ellas»: es decir, acordaron echarla.

Abandonada la muchacha, entró como camarera en casa de un *stanovoi* (1); pero únicamente permaneció allí tres meses porque el *stanovoi*, hombre de unos cincuenta años, dió en requebrarla, y un día que quiso ser demasiado emprendedor, se enfadó, le llamó imbécil y le dió tan fuerte porrazo en el pecho que lo hizo caer de espaldas. Naturalmente fué despedida por desvergonzada. Ya no pudo buscar nueva colocación porque se acercaba el término de la preñez. Entró de huésped en casa de una aldeana vieja que vendía vino y que á ratos perdidos ejercía de comadrona.

El parto sobrevino sin grandes padecimientos; pero la comadrona, habiendo asistido por aquellos días á una aldeana enferma, contagió á Katiuscha una fiebre puerperal. En cuanto al niño fue llevado al hospicio, donde murió pocos días después á la vista de la misma mujer que lo llevara. Por toda fortuna, poseía Katiuscha ciento veintisiete rublos; ciento, dejados por su seductor y el resto ganado con su trabajo. Cuando salió de casa de la comadrona sólo le quedaban seis. La mujer había exigido cuarenta por el hospedaje de dos meses; le sonsacó cuarenta más para comprarse una becerra; veinticinco sirvieron para enviar el niño al hospicio, y los demás, ni Katiuscha hubiese podido decir cómo se fueron. Cuando estuvo curada, vióse en la precisión de buscar nuevo acomodo, y entró en casa de un guardabosque.

Estaba casado y á los primeros días empezó á cortejar

(1) Especie de delegado de policía.

á la joven como el *stanovoi*. Primeramente Katuscha trató de esquivar tales persecuciones sin abandonar la colocación; pero el otro era un tuno y era el «amo». Podía mandarla donde mejor le pareciese, y así, después de espiarla largo tiempo consiguió sorprenderla y poseerla. La mujer no tardó en advertirlo, y un día que sorprendió á su marido con Katuscha, pegó á ésta hasta hacerla sangre y la puso de patitas en la calle sin pagarla siquiera.

Katuscha fué á la ciudad y llegó á la casa de una tía suya cuyo marido era encuadernador. En otro tiempo había tenido buena posición; pero, perdida la clientela, se entregó á la bebida, y gastaba en la taberna cuanto dinero caía en sus manos.

La esposa tenía una tienda de planchadora, y con su mísero producto atendía á la manutención de sus hijos y del borrachín. Propuso á Katuscha enseñarle su oficio; pero considerando la existencia penosa de las oficiales de su tía, vaciló, y prefirió dirigirse á una agencia de colocaciones para servir en alguna casa. Encontró lo que buscaba cerca de una viuda con dos hijos; una semana después, el mayor, colegial á quien apenas apuntaba el bozo, dejó los estudios para hacerle la corte; advirtiéndolo la madre, y echando á ella la culpa, la arrojó á la calle.

Le costó encontrar nueva colocación. Al cabo, estando un día en la agencia, vió á una señora muy engalanada y alhajada, la cual, enterada de la condición y circunstancias de Katuscha, le dió su dirección indicándola que fuera á su casa. Y la muchacha fué.

La señora la recibió cordialmente; le dió pastas y vino y la hizo permanecer en su casa hasta la caída de la tarde. En aquella hora, Katuscha vió entrar en la sala á un hombre de alta estatura con una espesa melena y una gran barba gris, el cual, al cabo de poco rato se le sentó al lado mientras bromeaba con ella. La señora le llamó un momento á la habitación vecina, y Katuscha pudo oír que le decía:

—Es fruta verde, acaba de llegar del campo.
Después llamó á ella y le dijo que aquel señor era un escritor muy rico que la regalaría cuanto quisiese si sabía complacerle. Quedó complacido el escritor, le dió veinticinco rublos y prometió que volvería á verla muy pronto.

Aquel dinero se gastó rápidamente. Katuscha dió una parte á su tía para pagarle la hospitalidad de aquellos días y con el resto compróse unas sayas, un sombrero y cintajos. Al cabo de unos días el escritor le dió una nueva cita, le entregó otros veinticinco rublos y le indicó que alquilara un cuarto amueblado.

En la habitación que el escritor tomó para ella, Katuscha entró en relaciones con un dependiente de comercio, joven y decididor que habitaba en la misma casa. Enamoróse de él y se lo confesó candidamente al escritor, que la dejó muy pronto. Pronto la abandonó también el dependiente que le había dejado entrever la perspectiva de un casamiento. La joven hubiese continuado de buena gana viviendo sola en aquel cuarto; pero se le indicó que no era permitido tal libertad sino á las que se decidían á tomar en las oficinas de la policía la cartilla amarilla y se sometían á la inspección médica.

Katuscha volvió pues á casa de su tía. Esta, viéndola con un traje elegante y con una capa forrada de pieles, no se atrevía, renovar sus ofertas de darle trabajo en su taller: se figuraba que su sobrina había subido demasiado alta. Ella misma no consideraba ya posible ocuparse en un taller de lavado y planchado. Consideraba con una mezcla de piedad y de desprecio aquellos trabajos tan poco remuneradores y tan penosos. Entonces fué cuando, compelida por la miseria, sin poder hallar un protector, cayó en las redes de una alcahueta que atraía las muchachas para colocarlas en casas de tolerancia.

Katuscha había adquirido desde mucho tiempo antes, el vicio de fumar, y cuando estuvo en relaciones con el dependiente, se dejó arrastrar por la bebida. Gustábele el

vino, no sólo porque era grato á su paladar, sino porque le procuraba una distracción momentánea, sofocando al propio tiempo la voz de su conciencia; ya que cuando no había bebido, se aburría, y además sentía vergüenza. La alcahueta la invitó á almorzar, y cuando la hubo embriagado, propúsole hacerle entrar en una casa espléndida, la mejor de la ciudad, haciendo brillar ante sus ojos la comodidad y los privilegios de la vida que le proponía. Katiusha debía, pues, escoger entre un puesto humillante de criada, con la casi seguridad de tener que sufrir la obsesión brutal del hombre, y acomodarse á una prostitución escondida y precaria, y una posición tranquila y asegurada, una prostitución permitida por las leyes y retribuida con largueza.

Naturalmente, se decidió por lo segundo. Le parecía, además, que así se vengaba del príncipe que la había seducido, del dependiente y de los demás hombres de que estaba quejosa.

Pero la consideración de más peso, la que antes que otra alguna la convenció, fué que la alcahueta le dijo que podría escoger los trajes que más le gustaran; de raso, de seda, de terciopelo, trajes de baile descotados que permitían la exhibición de garganta y brazos. Cuando Katiusha se vió, con la fantasía, vestida con un traje descotado de seda amarillo claro, con vueltas de terciopelo negro, no supo contenerse y firmó el contrato. En seguida la alcahueta hizo traer un coche y la llevó á una de las casas más conocidas de la ciudad; la de Carolina Albertovna Rosanov.

Empezó, entonces, para la Máslova, una vida de violación incesante de todas las leyes humanas y divinas; esa vida que millares de desgraciadas llevan hoy, no sólo con la autorización, sino con la protección verdadera de un poder legal que pretende mirar por el bienestar del pueblo; vida degradante y monstruosa, que, después de

horribles sufrimientos, conduce casi siempre á una decrepitud anticipada, á una muerte prematura.

Durante la mañana y la mayor parte del día, un sueño pesado, después de los abusos de la noche. Luego, á las tres ó á las cuatro de la tarde, un despertar cansado, unos sorbos de agua de seltz y de café, vueltas por el cuarto en camisa, en camiseta, miradas á la calle á través de las rejas cerradas; luego el baño, el apretarse la cintura en un corsé demasiado estrecho, la elección de un vestido, las disputas entre el ama y las demás mujeres, el colorete en las mejillas, el *khol* en las cejas, la comida copiosa y fuerte, el traje de seda clara que deja desnudo la mitad del cuerpo; luego la gran sala recargada de adornos iluminada por una luz demasiado cruda, la recepción de los clientes; mímica, baile, dulces, vino, tabaco y un comercio galante con jóvenes y hombres maduros, adolescentes y viejos al borde de la tumba, célibes y casados, con mercaderes y militares, con tártaros, armenios, borrachos y sentimentales, con ricos y pobres, con sanos y enfermos, con brutales y bien educados, empleados, estudiantes, colegiales, gente en suma, de todas categorías y edades y caracteres. Y gritos y bromas y risas, y música y tabaco y vino, y vino y tabaco desde la tarde al amanecer. Por la mañana, finalmente, la libertad, el sueño pesado. Y así todos los días de la semana, del primero al último. Y al fin de cada semana, la visita impuesta por las leyes á las oficinas de policía; una verdadera exposición en que los empleados y los médicos se mostraban á veces dignos y severos, y otras se divertían en humillar aquel sentimiento de íntimo pudor que la naturaleza ha dado como una salvaguardia no sólo á la raza humana, sino también á las bestias; una verdadera revista de mujeres, después de la cual, se levanta un atestado y se les entrega, autorizándolas para continuar aquella vida durante toda la semana siguiente.

Y luego de nuevo, aquella existencia, eternamente, en

invierno como en verano, los días festivos como los laborables.

Así pasó la Máslova siete años; dos veces cambió de casa; una fué al hospital.

El séptimo año, cuando tenía veintiséis, ocurrió aquel hecho que provocó su detención y la llevó al tribunal, después de una prisión preventiva de seis meses, en compañía de gente que tenía por oficio el robo y el asesinato.

III

En el mismo instante en que la Máslova, sentada en un cuartito de la audiencia, se quitaba los zapatos que le martirizaron los pies durante el trayecto de la prisión al tribunal, el príncipe Dimitri Ivanovitch Neklindoff, el que la sedujera, se despertaba en su blando lecho cubierto con un fino edredón.

Se incorporó mostrando una elegante camisa de noche, de holanda, y en tanto que fumaba un cigarrillo que acababa de encender, pensó en lo que hiciera la vispera y en lo que debía de hacer aquel día.

Recordó la velada pasada en casa de los Korchaghin, matrimonio muy rico y considerado, con cuya hija, al decir de las gentes, debía de contraer matrimonio. Tiró el cigarro y alargó la mano hacia una petaca de plata para tomar otro; pero de repente cambió de pensamiento, y levantándose valerosamente, saltó de la cama y metió los pies en las zapatillas.

Se puso una elegante bata; con paso lento, pero fuerte y vivaz pasó al tocador que estaba junto al dormitorio. Allí empezó por limpiarse los dientes con unos polvos especia-

les, se enjuagó con elixir oloroso; luego se acercó á un lavabo de mármol y se limpió con esmero las manos, cuidando mucho de las uñas que llevaba muy largas; hecho esto, abrió del todo el grifo y se lavó la cara y el cuello.

Pasó luego á otro cuarto, donde había un aparato de duchas y el chorro de agua refrescó su cuerpo musculoso que presentaba un principio de obesidad; se secó con tohallas esponjosas, cambió la camisa y se puso unos botitos relucientes como un espejo.

Luego sentóse al tocador y se peinó la barba negra y los cabellos, ya muy claros.

Todos los objetos de su uso, ropa blanca, corbatas, alfileres, botonadura, eran de primera calidad, muy sencillos, poco vistosos; pero de mucho valor.

Terminó de vestirse cachazudamente y después fué al comedor, que era una sala grande, de la cual, el día anterior, tres hombres habían enlucido el entarimado con gran trabajo.

Contenía un enorme *buffet* de encina y una mesa desmesurada de la misma madera que tenía los pies imitando zarpas de león.

Sobre la mesa, cubierta con un mantel finísimo y bien planchado, había una cafetera de plata llena de un café que esparcía en torno grato perfume, una azucarera de plata, un tarro de manteca y una cestita con panecillos y bizcochos.

Cerca del servicio estaba el correo de la mañana; cartas, periódicos y un cuaderno de la *Revue des Deux Mondes*.

Neklindoff se disponía á enterarse de las cartas, cuando llegó una mujer entrada en años, vestida de negro y con una cofia blanca de punto.

Era Agripina Petrovna, la camarera de la anciana princesa madre de Neklindoff, muerta poco tiempo antes, y que quedó como ama de llaves del hijo.

Agripina Petrovna había hecho muchos viajes al extran-

jero con su ama y en el porte, y por las maneras parecía una gran señora; habitaba en casa de los Neklindoff desde la infancia, y conocía al príncipe cuando á éste le llamaban aún «Mitenka» (1).

—Buenos días, Dimitri Ivanovitch.

—Muy buenos días, Agripina Petrovna. ¿Qué hay de nuevo?

—Una carta para vos. La camarera de los Korchaguin la ha traído y espera en mi cuarto,—dijo Agripina Petrovna entregando la carta con sonrisa maliciosa.

—Bien,—dijo Dimitri tomando la carta; pero al notar la sonrisa de Agripina Petrovna, su rostro se oscureció; aquella sonrisa significaba que aquella mujer creía que iba á casarse con la hija de los Korchaghin, que le enviaba aquella carta.

Y aquella suposición no le placía.

—Decid á la camarera que aguarde.

Agripina Petrovna salió, no sin antes arreglar unos cachivaches que estaban revueltos sobre un mueble.

Neklindoff rompió el sobre perfumado y sacó una carta escrita en líneas desiguales sobre papel de lujo, con caracteres ingleses de angulosos trazos.

«Según la obligación que me he impuesto de convertirme en vuestra memoria,—decía la carta,—os recuerdo que hoy, 28 de Abril, debéis formar parte del jurado de la Audiencia, y que os será imposible venir con nosotros y Kolosov á visitar la galería Z... como nos prometisteis ayer con vuestra habitual ligereza, á menos que estéis dispuesto á pagar, por haber faltado á la sesión, una multa de trescientos rublos, los mismos que rehusásteis por vuestro caballo.

»Me he acordado de esto, ayer, después que salisteis: no lo olvidéis pues.

»Princesa M. Korchaguin.»

(1) Diminutivo cariñoso de Dimitri.

En la otra página había escrito:
«Mi madre me encarga que os diga que vuestro cubierto estará puesto hasta la noche; venid de todos modos, á cualquier hora que sea.

»M. K.»

Neklindoff frunció el entrecejo.

Aquel billete era como una continuación del asedio que de dos meses á aquella parte le pusiera la princesa Korchaghin para que quedase encerrado en una red cada día más tupida.

Además de la indecisión que experimentan siempre los hombres ya maduros, habituados á la vida de fáciles placeres, Neklindoff tenía otra razón para no comprometerse en aquel momento, aún cuando estuviese decidido á casarse.

Naturalmente, el motivo aquel no podía ser que ocho años antes, sedujera y abandonara á Katuscha. Repugnábale pensar en aquello; pero jamás se le habría ocurrido que pudiera ser un obstáculo para casarse con la princesa.

El verdadero motivo era que sostenía relaciones íntimas con una mujer casada; relaciones que muchas veces había querido romper; pero que quería continuar su amante.

Neklindoff era muy tímido con las mujeres; y aquella timidez había inspirado á María Vasilievna, el deseo de subyugarlo.

La mujer aquella logró envolverlo en las mallas de unas relaciones que cada vez le absorbían más, y por otra parte, se le hacían pesadas. No supo al principio resistir la tentación, y después sintiéndose culpable, no se atrevía á romper el lazo sin el consentimiento de su amante. Tal consentimiento estaba bien lejos de darlo; amenazaba, por lo contrario, con matarse, si la abandonaba después del sacrificio que hiciera por él.

Aquella misma mañana el correo trajo una carta del

marido de su amante, mariscal de la nobleza. El príncipe reconoció la letra y el sello, se ruborizó y sintió aquel ímpetu de energía que le dominaba siempre al advertir un peligro.

Pero su conmoción se calmó bien pronto cuando hubo leído la carta.

El marido de María Vasilievna, anunciaba al príncipe que una reunión extraordinaria del Consejo que presidía, se verificaría á fines de Mayo y le rogaba su asistencia para que le «apoyara» porque se tratarían dos cuestiones importantes: la de las escuelas y de los caminos; y tanto á una como á otra harían ruda oposición los reaccionarios.

Aquel mariscal de la nobleza era muy liberal en el fondo, y con otros liberales luchaba contra la reacción que se entronizó durante el reinado de Alejandro III; la lucha le absorbía por entero, tanto, que no le quedaba siquiera tiempo para advertir que su mujer le engañaba.

Neklindoff recordó las angustias que más de una vez había sufrido; recordó que un día, imaginando que el marido había descubierto la traición de su esposa, habíase preparado para batirse con él, decidido á disparar al aire; recordó la tremenda escena ocurrida con su amante, un día en que ésta, movida por un arrebato de desesperación se precipitó corriendo hacia el lago para ahogarse.

—No puedo hacer nada, ni ir á verla á ella antes de tener contestación,—pensó.

Ocho días antes había escrito á su amante, una carta muy enérgica, en la cual, se reconocía culpable y se declaraba dispuesto á cualquier sacrificio para rescatar su falta, pero terminaba diciendo que las relaciones debían cesar en bien de ella misma.

La contestación á tal carta, era la que no venía, y la que él esperaba.

Sin embargo, le parecía de buen agüero no tener respuesta, porque si su amante no consintiera en romper, ya

le habría escrito ó habría ido á verle, como ya hizo otra vez...

Neklindoff había oído hablar de cierto oficial que hacía la corte á María Vasilievna, y aún cuando le indignaba la existencia de un rival, pensaba que así podría acabar de una vez con aquel embrollo que ya pesaba sobre su conciencia.

Neklindoff encontró en la correspondencia una carta del administrador de los bienes que provenían de su madre. Le decía que era precisa su presencia allí para los derechos de sucesión y para decidir en definitiva cómo debían ser administrados sus bienes. Se trataba de saber si era mejor administrarlos como en tiempo de la difunta princesa ó reuniéndolos en una sola mano, para emprender la cultura extensiva del suelo. El administrador afirmaba que la cultura sin intermediarios, rendiría mayores provechos.

Luego se excusaba por no haber mandado tres mil rublos al príncipe y afirmaba que los enviaría por el próximo correo.

Tal retardo, provenía de que los aldeanos no querían ó no podían pagar, y muchas veces era preciso recurrir á la fuerza para cobrar lo debido.

Tal carta alegró y entristeció á un tiempo á Neklindoff. Se alegraba de ser dueño de un patrimonio tan vasto, y que ahora era suyo sin restricción. Por otra parte recordaba que, en su primera juventud, con el impulso generoso propio de la edad y seducido por las teorías de Spencer y de Henry George, no sólo había pensado, proclamado y escrito que la tierra no puede ser en ningún caso propiedad individual, sino que, para poner de acuerdo los actos con los principios, había cedido á los aldeanos las tierras heredadas de su padre.

Ahora que la muerte de su madre había hecho de él un gran propietario, se veía obligado á escoger entre dos clases de vida: ó renunciar á sus dominios, como dos años

antes hiciera con las doscientas hectáreas que provenían de su padre, ó, asumiendo la posesión de sus bienes, reconocer implícitamente, por modo tácito, pero eficaz, como falsos y engañosos los principios que en otro tiempo sostuvo. Lo primero le era imposible, porque tales dominios constituían toda su fortuna.

No tenía valor para volver á entrar en el ejército, pues estaba demasiado acostumbrado á la vida ociosa y elegante, y además, hubiera sido un sacrificio inútil, porque Neklindoff no tenía ya ni la convicción ni la voluntad de su juventud.

Sin embargo, el renegar de aquellos principios generosos y desinteresados que otro tiempo constituían su orgullo, le causaba honda pena.

Por eso la carta de su procurador le produjo cierta turbación.

UNIVERSIDAD DE HUATEPEC
BIBLIOTECA UNIV.
MEXICO
VOL. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

Una vez tomado el café, Neklindoff pasó á su despacho para ver la citación que marcaba la hora en que debía estar en el tribunal, y para escribir antes á la princesa. Pasó primeramente por un cuarto que era su estudio de pintor, donde un cuadro no acabado estaba sobre un caballete. El cuadro, en el que trabajaba hacía ya dos años, y los bocetos que había en las paredes, le recordaron la incapacidad que tenía para hacer progresos en la pintura; esto lo atribuía á un excesivo refinamiento de gusto estético, pero de todos modos no le placía aquella incapacidad.

Siete años antes dejó el servicio militar creyendo poseer una irresistible vocación por la pintura, y ahora debía con-

venir en que no tenía derecho á despreciar, como lo hacía, las demás ocupaciones. Dió una ojeada llena de fastidio al lujo de la habitación y entró en el despacho malhumorado.

Era un gran cuarto, elegante y provisto de todas las comodidades posibles. Neklindoff se acercó á un escritorio y cogió la hoja de citación que le invitaba á estar en la Audiencia á las once; luego escribió á la princesa dándole las gracias por su invitación, y afirmando que haría cuanto pudiera para no faltar á la comida; pero de repente lo desgarró por parecerle que era demasiado confidencial. Escribió otro que le pareció demasiado frío y casi ofensivo; lo desgarró nerviosamente y tocó la campanilla. Apareció un criado de aspecto grave, con la cara afeitada y con un delantal de tela gris.

—Haced el favor de avisar el coche.

—En seguida, Alteza.

—Decid al criado de los Korchaghin que espera, que doy gracias y que procuraré no faltar.

—Bien, Alteza.

—No es esto muy delicado, pero no puedo escribir; así se lo diré luego,—pensó Neklindoff, y fué á vestirse. Cuando llegó á la puerta, el coche que usaba siempre, muy elegante, con aros de goma en las ruedas, le esperaba.

—Ayer tarde, cuando llegué á casa de los príncipes Korchaghin,—dijo el cochero, volviendo á medias el cuello musculoso y bronceado,—el lacayo me dijo que Vuestra Alteza acababa de salir.

—Hasta los cocheros saben mis relaciones con los Korchaghin,—pensó Neklindoff, y aquello trajo de nuevo á su memoria el problema que tanto le ocupaba durante los últimos tiempos: ¿debía casarse ó no con la Korchaghin?

Le inducían al matrimonio dos consideraciones: la posibilidad de llevar una vida reposada y la esperanza de que, la familia y los hijos, darían un objeto noble á su vida

que ahora se presentaba vacía é insulsa. Pero otras consideraciones de diferente orden le disuadían de ello: primeramente el temor de perder la libertad que sienten los solterones empedernidos, y luego el temor del misterio que toda mujer encierra. En favor de su matrimonio con Missy había la consideración de que provenía de buena familia y que en todo, en el vestir, en el hablar, en el caminar, hasta en el reír, la princesa se apartaba de lo vulgar por propia «distinción», por una gracia innata.

El príncipe no hubiera podido encontrar una expresión más propia para denotar aquella cualidad que tanto apreciaba. Luego la princesa le distinguía entre todos, lo cual indicaba que le comprendía, y esto, á juicio suyo, era una prueba indubitable del talento de la joven.

Había también razones particulares contra su matrimonio con Missy: le habría sido posible encontrar otras mujeres con más méritos que la princesa y más dignas de él; además ésta tenía ya veintisiete años y era natural que hubiese amado á otros, pensamiento que no podía sufrir. Su vanidad no admitía que hubiese podido, ni aún en lo pasado, amar á alguien que no fuera á él, siquiera Missy no pudiera prever que debía encontrarle en el camino de su vida.

De tal modo se contrabalanceaban los argumentos en pró y en contra de su matrimonio, que Neklindoff, riendo para su capote, se comparaba á la burra de Buridán, pues lo mismo que aquélla no sabía de que haz de alfalfa comer.

—Antes de saber lo que resuelve María Vassilievna, y de poner término á mis relaciones con ella, no puedo resolver nada,—pensó en su interior; y aquel compás de espera antes de tomar una resolución, le agradó muchísimo.

—De todos modos pensaré en esto más tarde,—añadió, en tanto que el carruaje se paraba sin ruido en el patio del Tribunal.—Ahora se trata de cumplir el encargo que

me ha dado la sociedad, con la escrupulosidad de que hago siempre gala en mis acciones; sin contar además con que estas sesiones acostumbran á ser muy interesantes.

Penetró en el vestíbulo.

V

En los corredores del Tribunal se notaba ya gran movimiento: los ordenanzas corrían de aquí para allá llevando tarjetas y recados; ugieres, abogados y empleados pasaban de una á otra parte; litigantes y acusados, aburridos, andaban arrimados á las paredes ó esperaban sentados.

—¿El Tribunal del distrito?—preguntó Neklindoff á un ordenanza.

—¿Cuál? ¿El civil, ó el criminal?

—Soy jurado.

—Entonces id á la Sala de la Audiencia. Tomad á la derecha, y luego á la izquierda la segunda puerta.

Neklindoff siguió el camino indicado; en la puerta había dos hombres: un comerciante de rostro plácido que evidentemente había comido y bebido copiosamente y estaba de buen humor, y un dependiente de origen hebreo. Neklindoff se acercó á ellos, que estaban hablando del precio de la lana, y preguntó si aquella era la Sala de los jurados.

—Sí, señor; esta es. De fijo que también sois uno de nuestros colegas,—añadió plácidamente.

Y al oír la respuesta afirmativa de Neklindoff, añadió con el mismo tono:

—Trabajaremos juntos. Yo soy Baklascivo, comerciante

de segunda clase,—y tendió al príncipe su ancha mano.
—¿Con quién tengo el honor de hablar?

Neklindoff se nombró y entró en la pequeña sala de los jurados.

—¡Su padre estaba agregado á la alta servidumbre del emperador!—murmuró el judío.

—¿Y es rico?—preguntó el comerciante.

—Riquísimo.

En la sala se hallaban unas diez personas de todas clases y condiciones; unas permanecían sentadas, en tanto que otras andaban y trababan conocimiento unas con otras.

Había un militar de uniforme; otros con los vestidos de los días festivos, y uno solo vestía el traje «nacional». Aún cuando algunos de ellos habían tenido que dejar sus ocupaciones y se dolían de elló, mostraban de todos modos en su semblante cierta satisfacción que provenía del orgullo que les inspiraban las altas funciones que iban á cumplir. Algunos jurados cambiaban sus tarjetas, otros trataban de adivinar el nombre de sus colegas, y todos á un tiempo hablaban de la primavera, que aquel año se había adelantado, y del proceso en que iban á intervenir.

Entre aquellos jurados, que no conocían aún á Neklindoff, hubo algunos que se apresuraron á presentarse á él.

Evidentemente pensaban que aquello era un gran honor, y Neklindoff lo encontraba muy natural.

Si alguien le hubiera preguntado por qué se imaginaba estar más alto que los otros, no hubiera sabido qué responder. Su vida entera no patentizó en él ninguna cualidad escepcional; el saber hablar bien el inglés, el alemán y el francés, el llevar trajes y ropa blanca, y corbatas y alfileres comprados en las principales tiendas, eran cosas que únicamente él las sabía, y no podían ser causa de su superioridad. Y, sin embargo, de ésta tenía conciencia profunda, y aceptaba las demostraciones de homenaje como una cosa que se le debía, y que hería su orgullo si le faltaba.

Una herida de tal género le esperaba en la sala de los jurados. Entre éstos se hallaba cierto Pedro Gerassimovitch, del cual Neklindoff no se acordaba nunca del apellido. Había sido maestro de las hijas de su hermana, y luego, al terminar sus estudios, fué profesor de un Liceo. Por su familiaridad, por su risa fuerte, y por su «vulgaridad», como decía la hermana de Neklindoff, siempre había sido antipático al príncipe.

—¿Cómo? ¿Vos también aquí?—dijo riendo fuerte y adelantando hacia él.—¿No habéis podido escabulliros?

—No lo he intentado siquiera,—dijo Neklindoff.

—¡Hé aquí lo que se llama tener valor cívico;—exclamó riendo todavía más fuerte Pedro Gerassimovitch.—¡Me parece que vamos á divertirnos! Cuando tendréis hambre ó sed, no os darán de comer y beber.

—¡Creo que este hijo de pope un día me va á hablar de tú!—pensó Neklindoff, y tomando un aire muy triste, como si en aquel momento le anunciaran la muerte de toda su parentela, se apartó de él y se acercó al corro que se había formado alrededor de un caballero de alta estatura, barbudo y muy imponente, que parecía contar algo importante. Hablaba del juicio que se celebraba en el Tribunal civil, como de un asunto que le fuera familiar, y nombraba á los abogados célebres y á los jueces por sus nombres y apellidos, y contaba el giro especial que había sabido dar á la causa un abogado, á consecuencia de lo cual, la parte que tenía toda la razón, que era una señora anciana, se veía obligada á pagar una gran suma á la parte contraria.

—Es un abogado de genio,—dijo al terminar.

Los otros le escuchaban con gran respeto, y alguno se atrevía á añadir alguna palabra, pero él le interrumpía, como si nadie más pudiese estar al corriente del asunto.

Por más que Neklindoff había llegado un poco tarde, la sesión no principiaba aún, porque uno de los jueces tardaba en llegar.

VI

El presidente, por el contrario, había llegado temprano. Era un hombre alto, buen mozo, con patillas que empezaban á ser grises. Tenía mujer, pero lo mismo que él llevaba una vida desarreglada. Ambos trataban de no molestar uno al otro.

Por la mañana había recibido un billetito de una institutriz suiza que el año anterior estuvo en su casa; de paso para San Petersburgo, le decía que le esperaría de tres á seis en la fonda de Italia. Así es que quería empezar y acabar pronto la sesión, para tener tiempo de ver, antes de las seis, aquella Clara, de cabellos rubios, con la cual el año pasado empezó una intriga en el campo.

Entró en su cuartito y cerró la puerta con cerrojo. Luego tomó del armario dos pesas de gimnasia é hizo con ellas veinte movimientos en alto, hacia abajo, á los lados, hacia delante y hacia atrás. Después dobló ligeramente las rodillas por tres veces alzando las pesas sobre su cabeza.

—Nada refuerza tanto como la hidroterapia y la gimnasia,—pensó tocando con la mano izquierda en la cual brillaba un anillo de oro, el visceps de su brazo derecho.

Todavía faltábale hacer algún movimiento, cuando alguien empujó la puerta desde fuera.

El presidente escondió con precipitación las pesas y recorrió el cerrojo.

—Dispensad,—dijo.

Entró en el cuarto un juez de baja estatura, con lentes de oro, los hombros angulosos y el rostro malhumorado.

—Mateo Nikitich no ha llegado como de costumbre,—dijo con tono áspero.

—Sí, siempre se retarda.

—Eso es no tener conciencia,—añadió el juez con rabia, encendiendo un cigarrillo.

Este juez que era un hombre muy metódico, se había peleado por la mañana con su mujer; ésta, habiendo gastado demasiado pronto todo el dinero del mes, le pidió más y como él se lo rehusara, surgió una riña que terminó afirmándole su esposa que al volver á su casa no encontraría comida. Bajo esta amenaza salió de su casa y temía que su mujer cumpliera lo dicho, porque sabía que era capaz de cualquier cosa.

—Después que digan que es preciso vivir honestamente y seguir la moral,—pensó; y miró al presidente radiante de salud y alegría, con la cara satisfecha y que arreglaba artísticamente sus patillas con sus blancas manos.—Siempre está satisfecho y de buen humor, y yo estoy aburrido de continuo.

El relator entró en aquel momento con los autos de un proceso.

—Gracias,—dijo el presidente encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué proceso vamos á discutir primero?

—Me parece que el del envenenamiento,—contestó el relator, simulando indiferencia.

—Bien está. Vaya por el envenenamiento,—dijo el presidente, y pensó que debía ser un asunto muy sencillo que le permitiría marcharse antes de las cuatro. Y Mateo Nikitich, ¿no ha venido todavía?

—Aún no.

—Y Breve ¿está aquí?

—Sí,—contestó el relator.

—Pues bien, decidle si le véis que la primera causa será la de los envenenadores.

Breve era el sustituto del fiscal que debía sostener la acusación aquel día.

En el corredor encontró efectivamente á Breve que, con la cabeza inclinada, el uniforme desabrochado, y una cartera bajo el brazo, caminaba rápidamente, corriendo casi, pisando fuerte y haciendo ademanes con el brazo que le quedaba libre.

—Miguel Petrovitch desea saber si estáis dispuesto,—le dijo el relator.

—Sí, estoy pronto. ¿Por qué causa empezaremos?

—Por la de los envenenadores.

—Está muy bien,—contestó el sustituto.

En realidad le parecía todo lo contrario. Hasta las dos de la madrugada había estado en compañía de un amigo bebiendo y jugando. Luego había ido con otros á la casa de lenocinio donde seis meses antes estaba aún la Máslova. Así es que no había dormido en toda la noche y le faltó tiempo para enterarse de las causas. De buena gana le hubiese dado una ojeada rápida, pero el relator, que sabía que Breve no estaba preparado, aconsejó por lo mismo al presidente que despachara primero aquella causa.

Conservador intransigente, Breve era ortodoxo hasta el extremo, como todos los alemanes empleados en Rusia; y el relator liberal, casi radical, le miraba con malos ojos y envidiaba su puesto.

—¿Y la causa de Skoptzy?—preguntó el relator.

—He dicho ya que no puedo,—replicó el fiscal.—Me faltan testimonios y así lo diré al Tribunal.

—Pero...

—No puedo,—repitió.

Y siempre gesticulando se metió en su cuarto.

No era en verdad la falta de pruebas lo que hacía aplazar de continuo la causa de Skoptzy. Consideraba que vista en una gran ciudad donde los jurados son por regla general personas cultas, el proceso debía terminar con una absolución; y por eso, de acuerdo con el presidente, deseaba transferirlo á una ciudad de provincias, donde los

jurados, aldeanos en su mayor parte, estaban más propensos á condenar.

En los corredores la animación y el movimiento iban aumentando.

La gente se acercaba principalmente á la sala civil donde se resolvía el proceso del cual había hablado anteriormente aquel caballero de aspecto imponente que ya hemos visto. Durante un momento de calma salió de la sala la anciana que aquel «genial abogado» había sabido despojar en favor del propio cliente, aunque éste no tuviera ningún derecho, y estuvieran persuadidos de ello los jueces, el cliente y el mismo abogado.

Era una mujer gorda, con un traje verdoso y unas flores descomunales en el sombrero; al salir de la sala se paró en el corredor y agitando las manos regordetas repetía á su abogado:

—¿Y qué sucederá ahora? ¿Qué vá suceder ahora?

El abogado miraba las flores del sombrero y evidentemente no la escuchaba, absorbido por alguna idea fija.

En seguida se abrió la puerta de la sala y con paso rápido apareció el famoso «genial abogado» con el rostro radiante de triunfo: suyo era el mérito de que la vieja de las flores quedara sin un cuarto, en tanto que su cliente, que le había dado diez mil rublos, ganó más de cien mil. Todos los ojos se volvieron hacia él, y al advertirlo pareció decir á todos:

—¡Señores no necesito para nada vuestra admiración! Y pasó ante todos de un modo digno.